

cias políticas, y que lo mismo servían y traicionaban á la causa liberal que á la del partido contrario. Uraga nunca fué republicano sincero, ni menos firme en sus principios.

Después de estos sucesos, Uraga se manifestó en público vacilante sobre si iría á presentarse al Sr. Juárez, ó si retirándose á la vida privada, marcharía al extranjero. Repentinamente se le vió tomar la dirección de Uruapan.

Arteaga y los suyos tampoco reconocieron á Echeagaray, de cuyo patriotismo y lealtad desconfiaban, y de esta opinión participó, sin duda, el Presidente Juárez, puesto que por decreto de 1º de Julio determinó que se encargase del mando del Ejército republicano del Centro el general D. José María Arteaga, revistiéndolo de facultades omnímodas en los Estados de Jalisco, Michoacán, Guanajuato, Colima, Querétaro y los Distritos primero y tercero del Estado de México, que constituyeron, desde entonces, la extensa demarcación del Cuartel General de aquel Cuerpo de Ejército. Arteaga tomó posesión de su encargo el 21 de Julio.

¡La traición se había alejado del campo republicano!

## CAPITULO XIII.

(1864)

Cinismo de Uraga.—Continúan las intrigas de los clericales.—Campana sobre Zitácuaro.—Muerte de Elizondo.—Combate del 5 de Julio.—Albricias.—El primer canje.—Riva Palacio es ascendido á general de brigada.

No es aún tiempo de abandonar á Uraga, pues este jefe, convertido en agente del imperio, se multiplicaba escribiendo cartas, no solamente á sus subalternos, sino á otros generales republicanos que obraban en lugares remotos de la residencia de aquél. A todos quería inculcar la idea de que en el campo liberal no quedaban ya más que hordas de bandidos, en tanto que las fuerzas intervencionistas ocupaban el país entero con beneplácito de sus habitantes. Uraga se creía hombre de influencia decisiva entre los jefes del ejército republicano; pero pronto tuvo el desengaño de ver desvanecidas sus ilusiones.

Bueno es decir que no se atrevió á invitar para que lo acompañase en su defección al coronel Riva Palacio; al contrario, respetando su patriotismo, y acaso también por el cariño que había profesado á la familia de este patricio, le escribió desde Zapotlán, con fecha 18 de Junio, lo siguiente: "Querido Vicente:—He recibido su carta de fecha 4 del corriente y por ella veo con satisfacción el aumento que está haciendo de su fuerza, el buen orden en que se encuentra y las esperanzas que tiene de hacer con ella algo de provecho.—Mi situación por aquí es la continuación de la guerra que sabe usted siempre me ha hecho la canalla á quien he procurado refrenar y entonces apela á lo de siempre, que trato con

Michoacán.—11

BIBLIOTECA ALFONSO  
RIVA PALACIO  
C. A. R. P.

el enemigo, que traiciono y que los vendo.—A ésta del Sur de Jalisco, luego que he tratado de ver cómo gastan y de procurarle economías, inmediatamente ha comenzado á andar en ese camino trillado; y el mismo Arteaga se ha colocado á su frente, haciéndome tomar la resolución de abandonar estos hombres á su suerte, como lo haré próximamente, porque ni mi carrera, ni mis años, ni mis antecedentes me pueden permitir transigir con las gavillas y el pillaje.—Usted, querido Vicente, continúe regularizando su fuerza, y sobre todo, sujetándola á la más severa disciplina, y convéznase de que sólo de esta manera se corresponde á la institución del ejército y puede exigirse de los pueblos simpatía y aprecio.—Aun cuando hoy estas ideas no lo hagan á usted digno por el momento del aprecio público, por fin viene un tiempo en que la historia hace justicia y juzga y coloca á los hombres y á las cosas en el lugar que se merecen.—Que usted se conserve bien y mande á su afectísimo amigo y servidor Q. B. S. M.—*José L. Uraga.*”

También Caamaño, vacilante, como lo hemos observado, en tomar una resolución en vista de las insinuaciones de Uraga, escribía en 26 de Junio, ya de regreso á Uruápan, la carta siguiente al coronel Riva Palacio:—“Querido Chinacate:—He recibido tus muy pequeñas cartas sin pormenores de la situación de esos rumbos, suplicándote que otra vez que me dediques un momento sea más extenso.—Te felicito por el triunfo que alcanzaste sobre los imperialistas en tu Estado, y muchos como ese te deseo.—Por aquí estamos muy mal. El general Uraga está con el imperio, el Gobierno General nos niega toda clase de auxilios y nos abandona: sufrirémos y arrebatarémos la constancia de donde la hallémos para ser dignos.—Adios, Chinacate, sé feliz.—*J. B. Caamaño.*”

Y si Uraga no se atrevió á invitar á Riva Palacio á que perfeccionase, menos lo hicieron los agentes que el imperio tenía en Michoacán para sobornar á los jefes republicanos.

Mientras la intriga infame estaba funcionando, se habían paralizado las operaciones de la guerra por parte de los imperialistas, tanto en el Sur de Jalisco como en el de Michoacán. No sucedió lo mismo en la línea de Oriente. En ella fijó

su atención el general en jefe del ejército expedicionario francés, que era quien dirigía la campaña. Persuadido de que nada ni nadie podría domar el patriotismo de los que luchaban en Zitácuaro, aprestó sus fuerzas. El 30 de Junio aparecía Márquez en Irimbo con una división de más de dos mil hombres de las tres armas, siendo jefe de una de las brigadas el ya célebre general Rosalío Elizondo: de México había salido una columna de franceses y traidores en número de mil plazas, que á marchas forzadas se dirigían también para Zitácuaro, y del Valle partía con igual dirección el famoso contraguerrillero imperialista Laureano Valdés con quinientos hombres.

Riva Palacio tenía en Zitácuaro y sus alrededores á Nicolás Romero con sus cien Lanceros de Zaragoza, á Crescencio Morales con la “Guardia Nacional de Zitácuaro,” compuesta de cien infantes y cincuenta dragones, siendo sus jefes Donaciano Ojeda y Francisco Serrato, la guerrilla Garza y los mosqueteros que mandaba Castillo con cuarenta ginetes, otra pequeña fuerza de caballería á las órdenes de Solano y tres batallones que en conjunto tenían un efectivo de ochocientas plazas, mandados por Luis Robredo, Félix Bernal y Luis Carrillo, debiéndose agregar á dichas fuerzas algunos vecinos de Zitácuaro que en aquellos momentos se presentaron, ofreciendo sus servicios. El total de las tropas no excedía de mil doscientos hombres.

Estas fuerzas estaban repartidas en Tuzantla, Laureles y la Encarnación. En Zitácuaro se encontraban Nicolás Romero con sus cien hombres y Crescencio Morales con su guardia nacional; Riva Palacio se hallaba en la referida hacienda de la Encarnación acompañado de Castillo y Solano.

Tan luego como se tuvo noticia de la aproximación del enemigo, el coronel en jefe expidió sus órdenes para que se concentrasen todas aquellas fuerzas en Zitácuaro; pero Márquez había avanzado rápidamente y se presentó en las goteras de la heroica ciudad en la mañana del día 1º de Julio. Una ligera neblina velaba el terreno y no permitió á Márquez calcular con exactitud el número de hombres que, colocados en el cerro del Hoyo de la Arena, camino de Tuxpan, espiaban

sus movimientos. Aquellos hombres eran los ginetes de Nicolás Romero y de Crescencio Morales y mandando en jefe la pequeña columna el coronel Vicente Riva Palacio, quien antes de avistarse la división enemiga se había adelantado á reconocerla, regresando en seguida por la falda de la colina. Por su parte, el general Márquez, tan luego como se le avisó que los chinacos estaban posesionados de la altura, avanzó á hacer un reconocimiento, tomando con un guía y con su escolta un sendero que atraviesa el fondo de la barranca. En el campamento republicano se dió el toque de enemigo al frente, y la guerrilla de exploradores, compuesta de veinte ginetes que se hallaban al borde de la barranca, al ver dentro de ella el grupo en que iba Márquez, tendieron sus mosquetes y estaban á punto de disparar, cuando alguna voz gritó:

—No tiren, que es el coronel que vuelve de reconocer al enemigo.

Los soldados retiraron el dedo del gatillo, y los traidores, siguiendo su marcha, se ocultaron tras un recodo de la quebrada. En esos momentos, viniendo por el lado opuesto, llegaba Riva Palacio á donde estaba la guerrilla, que se quedó sorprendida al mirarlo, comprendiendo, empero, que su equivocación consistió en que tanto este jefe como Márquez, en aquel día, montaban caballos del mismo color y vestían idéntico traje; sombrero fieltro aplomado de ala ancha, mangas de hule y botas fuertes.

Los guerrilleros se daban á todos los diablos, pensando que acababan de tener á Márquez á boca de jarro y que, sin dispararle un tiro, lo habían dejado escapar.

En ese día se incorporaron á la división imperialista la columna salida de México y la tropa de Laureano Valdés, y al día siguiente avanzó este ejército sobre Zitácuaro. La ciudad estaba desierta, pero en las alturas que la rodean se hallaban alerta los chinacos.

No bien el 5º cuerpo de caballería de la división Márquez había pasado la cañada que en el mismo camino de Tuxpan se halla en el paraje del Hoyo de la Arena, cuando Nicolás Romero, á la cabeza de sus ginetes, se echó sobre ellos, sembrando la muerte en sus filas é introduciendo la confusión

entre aquellos altivos escuadrones. El clarín de Márquez les tocó retirada, y para apoyar este movimiento se dió orden á Elizondo de situarse en el borde de la cañada y de tirotear al enemigo. Los antiguos "Lanceros de Huerta," cuya denominación se había cambiado en la de 7º de caballería, protegió la fuga (que no fué retirada) de los restos del 5º, y cuando éstos habían acabado de pasar, Elizondo, que estaba pie á tierra cubriéndose con su caballo, trató de montar, y al levantar sobre la silla la pierna derecha, recibió en ella un balazo de los rifles de Romero.

Márquez dispuso en el acto que el 7º de caballería escoltase al herido, á quien se colocó en una camilla, y que lo condujese á Maravatío, en donde el 4 murió Elizondo, horrorosamente hinchado de todo el cuerpo. Apenas sobrevivió un mes y veinte días á su traición.

En cuanto al grueso de la división, penetró en Zitácuaro en medio de los disparos y de la gritería de los chinacos que coronaban las alturas de Camémbaro y las faldas del Cacique.

El día 3 emprendió Márquez, acompañado de los franceses, su regreso á Maravatío y Morelia, dejando en Zitácuaro una fuerza de dos mil hombres al mando de los coroneles D. Dorotheo Vera, D. Paulino Gómez Lamadrid, D. Laureano Valdés y D. Antonio Díaz, los que á toda prisa levantaron trincheras y construyeron otras fortificaciones.

Entretanto, iban incorporándose á Riva Palacio las fuerzas de infantería, procedentes de Tuzantla y Laureles. Todo el día 4 los chinacos estuvieron desafiando á los imperialistas á que salieran á batirse en campo raso. El desafío no fué tomado en consideración.

En la noche, el coronel Riva Palacio organizó sus columnas y dió orden de que estuviesen listas para el ataque al amanecer del día siguiente. No debo olvidar que en los batallones de Bernal, Robredo y Luis Carrillo figuraban los prisioneros del Tullillo, convertidos ya en soldados republicanos.

Apenas había iluminado el nuevo sol las elevadas crestas de las montañas que rodean á Zitácuaro, cuando ya los chinacos de Nicolás Romero, tendidos en tiradores, penetraban en las calles de Zitácuaro, disparando sus armas sobre las trincheras

BIBLIOTECA ALFONSO...  
MEXICO...  
18...

del enemigo, en tanto que Riva Palacio, posesionado del cerro de Guadalupe, formaba en ángulo su línea de batalla. Sostenía el ala derecha Julian Solano con cuarenta dragones y la pequeña fuerza de infantería de Luis Carrillo; la izquierda estaba á las órdenes de Castillo con el escuadrón de su mando, y cubrían el vértice del ángulo los batallones de Robredo y Bernal, al frente de los cuales se hallaba el coronel en jefe. ¿Cómo se resolvieron los traidores á atacar el centro de aquella batalla que tenía su base en el cerro de Guadalupe? No lo puedo explicar; pero es lo cierto que una gruesa columna de infantería salió de Zitácuaro y comenzó á batir la posición de los republicanos, viéndose inmediatamente envuelta en los fuegos de las dos alas y del centro de nuestra batalla. Los traidores conocieron entonces su falta y emprendieron una precipitada fuga hacia el centro de la plaza, dejando muchos muertos y heridos y ochenta prisioneros. A los toques de diana de los clarines revistió Riva Palacio á los referidos prisioneros; les habló de la patria, del entusiasmo y valor de los soldados que pelean por ella y del orgullo que los chinacos experimentaban, llamándose defensores de la libertad. A una voz los ochenta imperiales gritaron vivas á México y á Riva Palacio y pidieron que se les incorporase en nuestros batallones.

Entonces la infantería de Robredo y de Bernal se lanzó sobre Zitácuaro y asaltó las trincheras, no obstante el fuego nutrido que desde ellas se les hacía. En aquellos momentos acudió la reserva del enemigo que se mantenía en la plaza de la ciudad, al mando del coronel D. Antonio Díaz. Con la premura que el tiempo demandaba, el coronel Vera organizó tres columnas de infantería y caballería y las mandó sobre los republicanos. Se trabó entre unos y otros combatientes una lucha terrible: en algunas calles se batían á balazos; en otros puntos el combate era al arma blanca, y las bayonetas todas estaban tintas en sangre. Los oficiales buscaban á los oficiales y se verificaban duelos á espada. Y cosa notable; entre los que luchaban se hacían distinguir por su valor y por su encono aquellos hombres que en la mañana habían sido imperialistas, luego prisioneros y ahora soldados de la patria.

La victoria se mantenía indecisa.

El general envió uno de sus ayudantes con orden á Crescencio Morales de que avanzase con sus guardias nacionales y con los vecinos de Zitácuaro, que todos juntos formaban la reserva de los liberales, y que atacase la plaza, penetrando en ella por el rumbo de la parroquia.

Era ya la una de la tarde: se oía el clarín de Morales tocando paso veloz; Riva Palacio estaba impaciente, nervioso, esperando que aquellos hombres volasen y acometiesen para hacer un impulso general sobre las fortificaciones.

De repente se oscureció el cielo: gruesas nubes lo habían encapotado y vertían en la tierra raudales de agua, en tanto que trepidaba el fragor de los rayos que se deshacían en pavorosos relámpagos.

Pronto bajaron de los cerros torrentes que inundaron el campo: el aguacero arreciaba, el parque estaba mojado, los soldados se hundían hasta las rodillas en el lodo y los caballos detenían su paso sin que fuera posible hacerlos avanzar.

De uno y otro lado cesó la pelea; pero mientras que los imperiales podían guarecerse dentro del perímetro fortificado, los republicanos, en campo abierto, sufrían la intemperie de los elementos. Riva Palacio ordenó la retirada, que verificaron nuestros soldados en el mejor orden y sin ser molestados por el enemigo.

Los jefes subalternos rindieron sus partes: había pérdidas sensibles: varios oficiales habían muerto en el ataque y faltaban como sesenta hombres en la clase de tropa. El coronel Bernal se lamentaba de haber visto caer prisionero al comandante de batallón de su cuerpo, el denodado Carlos Borda. El Prefecto Morales avisaba haberse perdido, á la hora del ataque, la pequeña imprenta que Riva Palacio cuidaba con tanto esmero, y agregaba Morales que el cajista había muerto en el combate.

En cambio el enemigo había sufrido también pérdidas considerables, en muertos, heridos y prisioneros, figurando entre éstos el capitán D. Pedro Martínez, uno de los oficiales más distinguidos en la división Márquez, y entre los heridos el teniente coronel Pascual Rubí, segundo de Lamadrid.

BIBLIOTECA ALFONSO  
RUBI U. G. G. A. INSTITUTO MEXICANO DE HISTORIA  
C. A. M. E.

Riva Palacio había cedido ante los elementos; veía inutilizado su parque; perdióse la brillante oportunidad que se le había presentado, pero lo alentaba la fe y pensaba que era cuestión de tiempo, nada más, apoderarse de la plaza de Zitácuaro. No se consolaba de la pérdida de su imprenta que tanto le servía, y lamentaba de corazón la muerte de Camilo, el cajista á quien quería por su constancia y abnegación. Recordaba que aquella imprenta la había sacado de Toluca un Sr. Quijano, quien enseñó á Camilo, que era su yerno, á manejarla con toda perfección. El desgraciado dejaba una viuda joven y un hijo recién nacido.

Con estas reflexiones pasó Riva Palacio la noche del día 5. No había amanecido aún el día 6, cuando á todo escape llegó un correo del Prefecto Crescencio Morales, quien le avisaba que el enemigo había hecho en la noche preparativos de marcha. En efecto, en las primeras horas de la mañana evacuaron los traidores la plaza de Zitácuaro, marchando á toda prisa. El coronel Doroteo Vera tomó el rumbo de Maravatío: Laureano Valdés y los que habían salido de México huyeron por el camino de los Ahorcados, y Lamadrid se dirigió á Toluca, pasando por la Sabana. De todas partes recibía Riva Palacio avisos de que los traidores, en su despecho, iban saqueando los pueblos y las haciendas, y cometiendo toda clase de tropelías con las familias.

Así concluyó la jornada del 5 de Julio, que si no fué una victoria verdadera para los republicanos, se tradujo en una derrota completa para los imperialistas.

Cuando Riva Palacio avanzaba á ocupar de nuevo á Zitácuaro, le salió al encuentro Nicolás Romero, y le dijo:

—Albricias, señor, déme vd. las albricias.

—De ellas mismas, Nicolás.

—Eso no puede ser. Imagínese vd. que ese pobre de Camilo, á quien mataron ayer los traidores, acaba de resucitar.

—¿Cómo es eso? Explíquese usted.

—Pues así; casi á mi lado cayó ayer herido. Estoy por asegurar que lo ví boquear y estirarse; lo cierto es que cuando nos retiramos estaba entre un montón de muertos. Como llovió toda la tarde y la mayor parte de la noche, es claro que

el aguacero le lavó y le curó la herida; lo cierto es que esta mañana al entrar á Zitácuaro lo ví sentarse entre los muertos, y con mucho garbo me preguntó: qué, ¿siempre ganamos?

—¿Se salvará?

—¡Cómo no! Si ya casi está bueno y sano.

En efecto, cuando Riva Palacio entró á Zitácuaro pudo ver á Camilo al lado de su ex-viuda y de su ex-huerfanito.

Parece que Márquez tenía especial predilección por el capitán D. Pedro Martínez, pues desde luego promovió el canje de éste por el del comandante Borda. Por supuesto que Riva Palacio lo admitió inmediatamente, y fué el primero que se celebró en Michoacán durante aquella época.

A este propósito, no estará por demás que los lectores conozcan la siguiente carta que el padre del capitán Martínez escribió á Riva Palacio. Dice así:—“Exmo. Sr. General D. Vicente Riva Palacio.—Morelia, Julio 14 de 1864.—Muy señor mío y de mi respeto: Por algunos dispersos de esta División que se han presentado aquí tengo comocimiento de los buenos y grandes servicios que le ha prestado vd. á mi hijo D. Pedro Martínez desde el momento que fué hecho prisionero por las fuerzas del digno mando de vd., y obligado por esto á manifestar á vd. mi gratitud, lo hago por medio de ésta por no estar á mi arbitrio otra manera. Reciba vd., pues, Señor General, las más expresivas gracias de un padre que ama con ternura á su hijo y el reconocimiento más sincero de una familia que cifra en éste su porvenir.—Por ofrecimiento espontáneo que el Sr. General Márquez me hizo, creo que á esta hora habrán hablado á vd. sobre canje, y por lo mismo me abstengo de extenderme sobre este punto para no distraer la atención de vd., pues creo que pronto tendrá vd. el gusto de ver á los suyos y yo al mío.—Dispense vd., Señor General, á quien desde hoy reconoce en vd. á una persona por mil títulos estimable, quedando á sus órdenes su afectísimo que su mano besa.—*Joaquín Martínez.*”

El canje se llevó á efecto, según puede verse en la siguiente carta: “Maravatío, Julio 30 de 1864.—Sr. D. Vicente Riva Palacio.—Muy señor mío:—Con arreglo á las instrucciones que tengo del Exmo. Sr. General de esta División y en

BIBLIOTECA ALFONSO RIVA PALACIO

vista de lo que ha escrito el capitán del 4º batallón, D. Pedro Martínez, he dispuesto que el comandante Borda, hecho prisionero de guerra el día 5 del actual, quede en absoluta libertad, cuyo jefe piensa emprender mañana su marcha á ese punto. Espero que, en consecuencia, se servirá vd. mandar poner en completa libertad y auxiliar en lo necesario la marcha del expresado capitán Martínez para esta Plaza, en lo que dará vd. una prueba de la caballerosidad que lo distingue.—Sin otro asunto queda de vd. muy atento S. Q. S. M. B.—El general de brigada, *Carlos Oronoz.*”

Teniendo noticia el Gobierno General de la acción del Tullillo y de las jornadas de Zitácuaro del 1º al 5 de Julio, expidió en 24 del mismo mes despacho de General efectivo de Brigada al coronel Vicente Riva Palacio. Con este motivo y con el de la defección de Elizondo y acaso creyendo ya en las de Uraga y Caamaño, el Sr. Juárez escribió á Riva Palacio desde Monterrey, con fecha 24 de Julio, la carta siguiente: “Sr. General D. Vicente Riva Palacio.—Mi querido amigo:—Felicitó á vd. por su constancia y por sus esfuerzos en favor de la independencia y libertad de la patria. Siga vd. trabajando, en el concepto de que hoy serán más eficaces nuestros trabajos, porque en nuestras filas sólo quedan hombres de fe y de corazón.—Los que vacilaban, ya se han separado.—Remito á vd. su nombramiento de general efectivo de brigada.—Soy su amigo afectísimo Q. B. S. M.—*Benito Juárez.*”

## CAPÍTULO XIV.

(1864)

Situación de Caamaño.—Aleja de su lado á Eguiluz.—Llegada de Uraga.—Su viaje á Coeneo.—Junta de patriotas.—Defección de D. Antonio Huerta.—“Más tarde.”—El coronel Hernández.—La marcha de Caamaño.—Prisión del Lic. Alipio Gaitán.—Una junta de jefes.—Villada á la cabeza del ejército.

Dejamos á Caamaño de regreso de Uruapan, víctima de las vacilaciones de su espíritu, fluctuando entre la idea de seguir á Uraga, adhiriéndose al imperio, ó de llamar á su lado á los patriotas de Michoacán y abrir una campaña de valor, de constancia y de patriotismo, y perecer en ella ó ver el triunfo de la República. Sus enemigos políticos lo rodeaban de obstáculos, lo hacían objeto de serias desconfianzas é iban formando contra él una verdadera tempestad.

Uraga le había asegurado que los guerrilleros todos de Coeneo estaban comprometidos á seguirlo en su cambio de bandera, y por su parte Caamaño creía que los jefes de su división obedecerían ciegamente sus órdenes. De esta creencia sólo exceptuaba al coronel D. Miguel Eguiluz, tanto porque de años atrás conocía la firmeza de sus principios, como porque sabía que estaba estrechamente unido al general Régules, retirado entonces del servicio, pero presto á saltar á la lucha cuando las circunstancias lo exigieran. Por tales consideraciones, Caamaño procuró alejar á Eguiluz de Uruapan, y al efecto, en los primeros días de Julio le dió orden de que fuera á encargarse de la línea de Ario, llevando consigo su brigada compuesta de doscientos infantes al mando del coronel Luis

BIBLIOTECA ALFONSO  
RIVERA  
C. A. E. E.